



Cada uno de los relatos que compone este libro de testimonios, deja en evidencia el arduo y pedregoso camino por el que tuvieron que recorrer estas valientes quilicuranas que decidieron sobrellevar sus dolencias traspasando todas las barreras de lo establecido.

Esperamos, a través de estas líneas, generar un espacio de diálogo y reflexión sobre la importancia del cannabis medicinal como tratamiento complementario para diferentes enfermedades y malestares que no han tenido cabida en la medicina tradicional, dejando en evidencia, una vez más, lo arbitrariamente estigmatizada que ha sido esta planta medicinal a lo largo de la historia.

La publicación de este libro no habría sido posible sin el infinito apoyo y colaboración de nuestra máxima autoridad comunal, Juan Carrasco Contreras.

Como primera autoridad comunal, siento orgullo de estas 22 quilicuranas que entregaron su testimonio para este libro. No es casualidad que sean solo mujeres, puesto que ellas son las que han movilizado grandes cambios a lo largo de la historia.

Por último, quiero agradecer su valentía y entrega por acompañarnos en el proceso de instalar el uso de cannabis medicinal como medicina complementaria en nuestra comuna.



Municipalidad
de Quilicura



Municipalidad
de Quilicura

**SALUD
QUILICURA**
Equidad, dignidad y respeto

ISBN: 978-956-9794-00-1



9 789569 1794001



Municipalidad
de Quilicura

VALIENTES

Testimonios de quilicuranas,
renaciendo con la cannabis medicinal

“Queremos que estos relatos sean la esperanza de muchos otros que han dejado de creer.”

Juan Elviro Carrasco Contreras
Alcalde de Quilicura



Municipalidad
de Quilicura

VALIENTES

Testimonios de quilicuranas,
renaciendo con la cannabis medicinal

Autor

Juan Elviro Carrasco Contreras
Alcalde de Quilicura

Coordinación, fotografía, diseño y edición

Unidad de Comunicaciones de Salud.

Editor: Fernando Vera Ceballos

Redactor: Natalia Pavez Figueroa
Gonzalo Blanco Núñez

Fotografía: Ismael Zamora Romero

Diseño: Yessenia Sandoval Osorio
Jazmin González Cuevas

Registro de Propiedades Intelectual N° xxxxx

ISBN XXX-XXX-XXXX-XX-X

Impreso en Letras y monos

“Queremos que estos relatos sean la esperanza de muchos otros que han dejado de creer...”

Prólogo

En esta época, donde las relaciones sociales están influenciadas por el mercado, los derechos humanos se transan económicamente y la salud es considerada un bien de consumo, este municipio decidió ir contra lo establecido, afrontando de manera resuelta los desafíos sociales que se nos han ido presentando en el área de la salud.

Frente a este escenario, instalamos la Farmacia Municipal Solidaria, puesto que creemos que la salud es un derecho humano y por tanto la adquisición de medicamentos, debe ser justa y universal, para que esté al alcance de todos, no solo de los que pueden pagarlo.

En la experiencia con nuestra Farmacia Municipal Solidaria, hemos demostrado que se puede cambiar el paradigma neoliberal, convencidos que es posible transformar esta sociedad marcadamente individualista, en una sociedad solidaria.

Siguiendo esta misma convicción, estamos en la lucha por darle mejor calidad de vida a aquellas personas que, por distintas razones, sufren con enfermedades dolorosas, crónicas y que les generan desesperanza. Por ello, como municipio, hemos gestionado la instalación de un programa local de salud que entrega cannabis medicinal a 200 pacientes durante un año. Esta idea, al igual que la instalación de la Farmacia Solidaria, nace del mismo convencimiento de creer que las cosas se pueden hacer distinto y mejor, traspasando las barreras de lo establecido.

En esta ocasión, como alcalde, creo que cuando la medicina científica manifiesta limitaciones para entregar bienestar, debemos depositar la confianza en la medicina complementaria como apoyo. Por eso, he decidido ir contra los prejuicios sociales que señalan que el cannabis está asociada a adicciones, incluso vinculándolo directamente con la delincuencia. A pesar de esto, las aprensiones antes señaladas no consideran los efectos

positivos que el cannabis medicinal tiene para la salud como aliviar el dolor, disminuir crisis epilépticas refractarias, funciona como antiinflamatorio, es relajante muscular, etc.

Hoy, conseguir estos beneficios con cannabis medicinal tiene un alto costo y no está al alcance de todos, por esta razón, decidí que el municipio asumiera el valor de los tratamientos para ayudar a mejorar la calidad de vida de muchos quilicuranos que sufren.

Este libro es una ventana que permite conocer aquellas vivencias de vecinos de nuestra comuna que han enfrentado sus propios temores, son testimonios de personas valientes y revolucionarias que decidieron caminar con nosotros en este ejercicio de democratizar la salud.

Cuando lean estas vivencias, se darán cuenta de que estas personas fueron valientes, transformaron su desesperanza, tomaron una decisión y se dieron una oportunidad para sí y para otros. Queremos que todos sean capaces de reconocer que, si pensamos la salud como un derecho humano, habrá gente a su lado, habrá un municipio que los acompañará y apoyará para que estén mejor.

Abran estas páginas y sumérjanse en la experiencia de estos valientes que cruzaron dos ríos, el de sus propios prejuicios respecto del cannabis y el prejuicio social de revelar su experiencia asociado a usar cannabis medicinal y sean conocidos por todos.

Queremos que estos relatos sean la esperanza de muchos otros que han dejado de creer.

*Juan Elviro
Carrasco Contreras*

Alcalde de Quilicura



Adela Jiménez

Mi Historia es de una Guerrera

Me considero una sobreviviente del cáncer de mama. Por lo que mi historia es la de una guerrera.

Soy Adela Jiménez, tengo 54 años, una hija universitaria y un trabajo que me encanta como supervisora de una empresa de shampoos. Sin embargo, una pelotita en mi mama derecha le dio un giro de 180 grados a este escenario.

Lo primero que hice cuando me di cuenta que convivía con este extraño mal dentro de mi cuerpo fue dirigirme al consultorio, desde donde me derivaron inmediatamente al Hospital del Cáncer.

Cuando los doctores me dijeron que existían altas posibilidades de que el tumor fuera maligno, se me llenaron los ojitos de lágrimas, pero no lloré.

Me realizaron una biopsia que salió positiva y la junta médica decidió operarme. Yo me negué a la cirugía, pues no quería que me sacaran solo un trozo de mama, sino que la mama completa.

Como los médicos no estaban de acuerdo con esta radical medida, tuve que costear un examen genético que se envió a Estados Unidos. El resultado arrojó que poseo una mutación genética, es decir, lo más probable es que con el tiempo se desarrollara el cáncer en la otra mama.

Esto convenció a mis doctores de ser lo más agresivo posible si queríamos erradicar la enfermedad. Por tanto, mientras esperaba la cirugía, decidieron someterme a un ciclo de 16 quimioterapias.

La quimio provocó que mi cabello fuera desapareciendo. Mentiría si dijera que no me dio pena verme sin pelo, pero era parte del proceso y lo tenía claro.

Este periodo fue sumamente difícil para mi hija y también para mí, pero nunca pensé en rendirme.

Me puse en manos del señor y dije: si él quiere que siga en esta vida, voy a hacer todo lo posible por mejorar.

Al terminar con el ciclo de quimios, el 03 de abril del año 2017, me sometieron a una cirugía donde me extirparon ambas mamas, los ovarios y las trompas. Además, durante el procedimiento, me colocaron los expansores para la posterior reconstrucción mamaria.

Mi lucha no finalizó con este procedimiento, aún me quedaba pasar por 25 sesiones de radioterapia, más la cirugía donde me colocarían las prótesis definitivas.

Este doloroso e intenso camino trajo consigo un costo emocional y monetario importante para mí.

Pero gracias a la ayuda de la “Fundación del Cáncer” y a la Municipalidad de Quilicura, pude costear las prótesis y un poco de la deuda de FONASA.

Mis amigos y vecinos también fueron de gran ayuda. Con su cooperación pude realizar bingos y completadas, lo que me ayudó a juntar algo de dinero para solventar mis gastos.

No obstante, mi enfermedad no se fue con la cirugía y las quimios. Al ser mi cáncer de origen genético, debo continuar con la toma de medicamentos. Uno de estos me producía un dolor tan profundo a los huesos que no me permitía ni siquiera caminar con normalidad.

Un día, navegando por Facebook, vi unas fotos de la entrega de cannabis medicinal en la Farmacia Municipal Solidaria. Les envié un mensaje privado preguntándoles sobre el medicamento y me contestaron de inmediato diciéndome que debía ponerme en contacto con la señora Paulina Bobadilla.

Siempre recordaré el día que la conocí, ya que llegué en calidad de bulto hasta la casita. Una vez allí, Paulina amablemente me explicó el programa y me informó que calificaba. Ese trámite fue muy rápido.

“Este tratamiento ha resultado ser maravilloso para mí. Desde el día uno que comencé con Cannabiol ha cambiado bastante mi vida, pues tengo más movilidad, estoy más tranquila, relajada y puedo dormir 8 horas sin sentir dolor”.

Salir adelante me costó mucho, pero gracias a la ayuda de nuestro alcalde todo fue un poco más fácil. Él no me conoce, pero me ha entregado mucho apoyo y estoy infinitamente agradecida. Miro al futuro y lo único que espero es estar totalmente sana para poder entregar mi testimonio a todas las que están pasando por esa situación. Yo sé que es difícil, porque lo viví en carne propia.

Sin embargo, las mujeres somos fuertes y cada vez que la vida nos pone una dificultad, nos levantamos con más fuerza.

Adela Jiménez

Eliana Segura



Siempre gocé de una buena salud

Soy Eliana Segura, tengo 4 hijos y llevo más de 29 años viuda. La mayor parte de mi vida he gozado de una buena salud, pero hace diez años esta realidad cambió. Un fuerte dolor en los huesos me invadió por sorpresa y me dejó prácticamente postrada.

Cosas tan cotidianas como levantarme y hacer los quehaceres de la casa se volvieron tareas enormemente desgastantes. Apenas podía caminar gracias a la ayuda de una silla de paseo.

Este rápido e inesperado deterioro de mi salud me obligó a consultar con una serie de especialistas. Tras varios exámenes, me diagnosticaron artrosis de rodillas y me pusieron en lista de espera para cirugía de reemplazo.

Mientras esperaba que me llamaran, fui probando con diferente medicación, porque ninguna de las que me recetaban calmaban mi dolor. En algún momento terminé por desesperarme. Lo único que hacía era llorar y preguntarle a Dios ¿Por qué me castigaba con tanto dolor?

Para ese entonces ya ni siquiera podía caminar. Mis únicas actividades diarias consistían en sentarme en el sillón a ver televisión o salir al patio.

Preocupada por mi salud y en búsqueda de nuevas alternativas de tratamiento, mi hija Lorena decidió llevarme a la Fundación Daya. Después de evaluarme, me dieron el pase para tomar Cannabiol. Pero era un medicamento costoso y mi pensión no me permitía acceder a él.

Sin embargo, mi comuna, a través del Programa de Uso Compasivo del Aceite de Cannabis, me dio la oportunidad de recibir el tratamiento de manera totalmente gratuita.

Desde enero estoy tomando este fitofármaco y mi vida ha mejorado mucho. Cada día siento menos dolores y tengo más ánimo. Incluso me ha regulado la insulina y me quitaron varios medicamentos, entre ellos el tramadol y paracetamol.

Que nuestro alcalde trajera este programa a Quilicura y lo pusiera a disposición de sus vecinos y vecinas es maravilloso. Lo único que espero es que no termine al finalizar el año, porque no sé qué haré para aplacar el dolor.

Por esta y por muchas otras razones, estoy profundamente agradecida con don Juan Carrasco. Él me conoce y sabe que lo estimo mucho.

Ya no sé si tendré la oportunidad de operarme. Lo único que espero y deseo con todo mi corazón es poder volver a caminar sin la ayuda de mi silla de paseo.

Eliana Segura



Cecilia Colihuinca

Esa ha sido siempre mi esencia, incluso en los momentos más duros de mi vida

Mi nombre es Cecilia Colihuinca, tengo 33 años y el año 2015 me titulé de Técnico en Educación Parvularia. Siempre me he considerado una mujer alegre y aguerrida, alguien que sueña en grande y no se deja vencer por ningún obstáculo que la vida le presente. Esa ha sido siempre mi esencia, incluso en los momentos más duros de mi vida.

Hablando de momentos difíciles... Fue en el año 2017 cuando las primeras señales de que algo no andaba del todo bien conmigo comenzaron a manifestarse. Sentía un malestar en la guatita que me llevó al San José, allí me revisaron y me dijeron que tenía infección urinaria.

Eso me dejó tranquila por un rato. No obstante, lejos de remitir, los síntomas comenzaron a empeorar. Visité diferentes médicos que me decían que quizás era algo que comí, que tenía que hacerme exámenes porque probablemente tenía hígado graso, entre muchos otros diagnósticos.

Hasta que mi cuerpo ya no pudo más. Vómitos, dolor abdominal y una hinchazón que me hacía parecer embarazada de ocho meses me obligó a consultar con un médico particular, quien me examinó minuciosamente y me envió de urgencia a realizarme una ecografía abdominal.

En la eco me detectaron una masa grande y mucho líquido en la cavidad abdominal, así que me mandaron de urgencia al ginecólogo, pero no encontré hora. Al día siguiente amanecí tan mal, que tuve que partir con todos mis exámenes a la urgencia del Hospital San José.

Al revisar mis papeles y examinarme, me dijeron que existía una sospecha de cáncer. Así que hicieron todos los trámites para derivarme al Hospital del Cáncer, lugar donde estuve varios días hospitalizada porque tenía cerca de seis litros de líquido en el pulmón.

Allí, además, aprovecharon de hacerme una biopsia de pulmón, la cual dio por resultado un cáncer de ovario en etapa 3. Cuando escuché la palabra cáncer me asusté, pero no por mí, sino que por mis seres queridos. Lo que menos quería era que verlos sufrir. Así que tome la decisión de luchar y, en ese momento, comenzó mi batalla.

El primer tratamiento por el que tuve que pasar fueron 14 ciclos de quimio. Después me realizaron una histerectomía radical, donde me sacaron útero, trompas y ovarios. En consecuencia, ya no puedo tener hijos. Y aunque nunca estuvo en mis planes convertirme en madre, fue un golpe muy duro para mí.

De hecho, días antes de la cirugía, pasaba horas buscando información en internet sobre mujeres que habían pasado por lo mismo y lloraba sin parar. Creo que es uno de las situaciones más fuertes por las que pueden llegar a pasar las mujeres.

A pesar de lo invasiva que fue la cirugía a la que me sometí, no pudieron sacar todo el tejido maligno. Esto me llevó de vuelta a las quimioterapias. Sin embargo, los nuevos medicamentos no funcionaron y el tumor que tenía alojado en mi pelvis creció y me encontraron metástasis en la columna.

Este nuevo escenario me obligó a convivir con una sonda, puesto que no podía orinar ni hacer deposiciones por mi cuenta. Aunque siempre trato de ser positiva y sacar lo mejor de todo, el estar con una sonda baja mucho tu autoestima. Ya ni siquiera me daban ganas de salir a la calle, pues me daba vergüenza.

Pese a todo lo mal que podía estarlo pasando, darme por vencida no estaba dentro de mis planes. Tenía que, de algún modo, encontrar las fuerzas y las ganas para no dejarme caer.

Pasaron los días y continué con quimioterapias paliativas, una medicina bastante paradójica a mi parecer, ya que disminuye la metástasis, pero me genera muchísimo dolor en todo el cuerpo.

Enterada de mi situación, una persona me regaló aceite de cannabis artesanal. Este me funcionó muy bien, calmó mis molestias, al fin podía dormir y mejoró tremendamente mi ánimo. Pero al comprar una botellita nueva de aceite, no me funcionó. Al parecer no tenía los mismos componentes que la anterior.

Sin que nada sirviera para calmarlo, mi dolor se volvió aún más potente y los doctores no encontraron más remedio que administrarme morfina. Pero esto solo fue algo temporal.

Una vez en casa, continuaba tomando agüitas con hojas de cannabis y buscando a alguien que vendiera aceite real. Hasta que un día, por esas cosas del destino, una amiga me contó por Facebook sobre Mamá Cultiva.

Así fue como llegué hasta la casita y conocí a Paulina. Ella me explicó sobre el programa de cannabis medicinal y me inscribió para acceder al beneficio. No obstante, Pasaron varios meses antes de que pudiera acceder a este.

Dicen que toda espera tiene sus frutos y así fue. Recuerdo que recién había llegado el verano cuando me llamaron para decirme que estaba todo listo para retirar el fitofármaco. En ese momento, yo no pude ir a hacer el trámite, ya que estaba con sonda. De modo que, mi hermano fue por mí.

Pero cuando llegó la hora de darme las indicaciones, no nos entendimos bien y terminé tomando solo dos gotitas en la noche. Por lo tanto, el primer mes no sentí mucha diferencia.

Cuando pasó el mes y tuve que ir a control, me señalaron que tenía que subir la dosis para que surtiera efecto.

Y funcionó. Poco a poco comencé a sentirme bastante mejor y pude volver a dormir sin molestias, dándome la opción de dejar ciertos medicamentos como la dipirona y el tramadol.

Incluso el médico que me atiende en el hospital ha notado la diferencia. Constantemente me comenta que me veo bien y que estoy bien nutrida, al menos esos indican los exámenes de sangre.

Realmente el tratamiento ha aliviado mis molestias y mejorado enormemente mi calidad de vida. Ahora solo espero continuar bien y, si Dios quiere, recuperarme. Por eso, y por poner a Paulina en el camino de todos nosotros, creo que es muy importante agradecerle a nuestro alcalde. Al fin y al cabo, gracias a él y a su apoyo, hemos podido acceder al Cannabiol.

Si algo me ha dejado todo este proceso es que pude conocer a las personas, porque a pesar de haber convivido con muchos amigos y familiares durante mi vida, solo algunos pocos se quedaron cuando los necesité.

Más de alguna vez me he preguntado por qué yo, la única conclusión a la que siempre llego es que tenía que pasarme no más. No sé qué me depara el futuro ni cuánto tiempo estaré aquí, lo único que trato de llevar a la práctica día a día es lo que alguna vez un médico me dijo: si he de morir mañana, hoy día Fantasilandia.

Cecilia Colihuinca

Adela Jiméñez



Todo cambió meses después de jubilarme

Mi nombre es Susana Tapia Moya, tengo 71 años y soy nutricionista. Siempre me he considerado una mujer muy afortunada, pues hace 47 años me uní a un hombre maravilloso con quien tuve la dicha de tener dos hijos.

A lo largo de mi vida gocé de un buen estado de salud. Pero todo cambió meses después de jubilarme, cuando empecé a sentir unos dolores insoportables en la parte baja de mi cuerpo. El dolor llegó a ser tan potente, que literalmente arrastraba mi pierna derecha.

Ese fue el momento en el que me obligué a ir al médico, quien me diagnosticó artrosis de cadera bilateral. Siendo honesta, no me sorprendió mucho, ya que mis padres habían padecido la misma enfermedad.

Recibí una gran lista de medicamentos para paliar el dolor, pero estos no hicieron mayor efecto. Es más, ni siquiera podía conciliar el sueño y mis noches se hicieron días eternos en los que me paseaba a oscuras esperando un milagro que se llevara el dolor.

En el 2013 ya no aguanté más y me operé de la cadera derecha. Inmediatamente después de la cirugía disminuyó el dolor, pero no pasó mucho tiempo hasta este mal también se apoderó de mi cadera izquierda.

Ya sabía lo que me esperaba y le expliqué a mi familia que no consideraba operarme nuevamente, pues a pesar de que es una intervención efectiva, soy alérgica a un sinnúmero de analgésicos y antiinflamatorios, y mis postoperatorios son un verdadero infierno.

Preocupada y buscando como aliviar un poco mi sufrimiento, mi hija me recomendó tomar aceite de cannabis para el dolor. Al principio estaba un poco reacia a probar esa opción, pero el profundo malestar le ganó a mis dudas y temores.

Empecé a averiguar como conseguir las famosas gotitas cuando mi marido me comenta que había salido un reportaje al respecto en el diario comunal. Así fue como llegué a la casita, lugar donde me recibieron muy bien y me explicaron de que trataba el programa.

En octubre del año pasado comencé con Cannabiol y puedo decir que me ha disminuido mucho el dolor. Por ejemplo, de una escala del 1 al 10, a veces tengo 5 o 6 y hay días en que no hay molestias.

Gracias a estos maravillosos resultados, he abandonado casi por completo los analgésicos y solo tomo medicamentos para tratar la hipertensión y los triglicéridos.

Que el alcalde escuchara a su pueblo y decidiera traer este programa es fabuloso. Espero que considere continuar con el proyecto y le dé la oportunidad a más vecinos que lo necesitan.

Hoy me encuentro en un súper buen momento. Mi enfermedad no me invalida para hacer lo que quiero y me siento mucho más contenta. Lo único que quiero para mi futuro es que el cuerpo me acompañe en mi pasión hasta mis últimos días: bailar tango.

Suzana Tapia Moya



Delfina

Siempre se caracterizó por ser una mujer con buena salud y muy activa

Hoy contaré la historia de una mujer maravillosa y aguerrida, que nunca ha bajado la cabeza ni en los peores momentos. Estoy hablando de la persona que me dio la vida a mí y a mis dos hermanas, mi madre Delfina, quien acaba de cumplir 92 años y se encuentra diagnosticada con artrosis severa.

Para comenzar a relatar su vida, debo señalar que ella siempre se ha caracterizado por ser una persona con una muy buena salud y activa, de hecho, hasta los 90 años no presentó molestias mayores que los típicos achaques de la edad.

Todo esto cambió a mediados del año pasado, más precisamente en el día de su cumpleaños, ocasión en la que decayó y ya no se levantó más de la cama. Con mis hermanas, además, empezamos a notar que se le dormían las manos y cada día tenía menos fuerza.

Esto nos llevó directo a la consulta de un médico particular quien, tras varios análisis y radiografías, la diagnosticó con artrosis severa.

Para paliar las dolencias de esta enfermedad, mi mamá comenzó a tomar un cóctel de píldoras, entre las que se encontraban antiinflamatorios y tramadol. Este último le hizo muy mal al estómago, por lo que después de unos días tuvo que dejarlo.

Mis hermanas y yo estábamos consternadas. La que alguna vez fue una mujer llena de vida, activa, buena para salir, ahora pasaba días enteros acostada por el dolor, situación que además le acarreó una severa depresión.

Pasaron varios meses donde su situación no cambiaba y los médicos que la atendían no nos daban esperanza. Solo nos decían que ya no podían hacer nada más, ya que la artrosis no tiene cura.

Fue en febrero o marzo que nos llegó el diario comunal a la casa y, de ese modo, me enteré que existía un programa de cannabis medicinal en Quilicura. Con mi hermana comenzamos a informarnos y pudimos acceder a diversos testimonios de personas que habían utilizado el aceite de cannabis con resultados muy positivos, sin dejar pasar que es una medicina alternativa que no causa daño al estómago como el tramadol y los antiinflamatorios.

Así que, después de analizarlo, decidimos que era una buena opción y que teníamos que tratar. No nos íbamos a quedar con los brazos cruzados sin hacer nada mientras nuestra madre sufría.

El proceso de inscripción y la selección fue bastante rápido. A las pocas semanas Paulina nos contactó para informarnos que mi mamá calificaba para el programa.

Una vez que le entregaron el fitofármaco, bastó solo una semana para que comenzara a hacer efecto. Mi madre parecía otra persona, cambió su semblante, se notaba que sentía menos dolor, su ánimo mejoró notablemente y hasta se levantaba de la cama.

Como familia estamos muy agradecidos con el alcalde, ya que, gracias a él, tuvimos acceso a este programa. Lo único que esperamos para el futuro es que nuestra madre esté bien y que nos dure mucho tiempo más, pues ella es todo para nosotras.

Delfina

Margarita Cañas



Jamás podré explicar con palabras este dolor

Mi nombre es Margarita Cañas, llegué a Quilicura hace 35 años embarazada de mi tercera hija. Hoy soy la orgullosa mamá de 4 hijos y la esposa de un hombre maravilloso que me ha acompañado desde que quedé embarazada por primera vez con tan solo 16 añitos.

Siempre me he caracterizado por ser una mujer de buena salud y súper activa, hasta que hace 15 años ese panorama cambio. Unos intensos dolores que comenzaron nada más y nada menos que en mi oreja, se apoderaron de cada milímetro de mi piel.

No podría explicar con palabras este dolor. Caderas, dedos de las manos, codos, cada parte de mi cuerpo me dolía.

Como consecuencia de esto, pasé días enteros tirada en la cama, lo que afectó mi vida cotidiana en gran medida. Ni siquiera era capaz de rendir en el trabajo, lo único que quería era terminar luego para ir a acostarme.

Pero soy una mujer valiente y luchadora, por tanto, iba a mantenerme en pie hasta el final. Con esta fuerza que tengo en mi interior, comencé a buscar soluciones para mi dolor.

Primero me diagnosticaron bursitis, luego fui donde una traumatóloga, quien me explicó que, por los dolores en mi oreja, posiblemente padecía de fibromialgia. Entre malestares, doctores y exámenes pasó el tiempo, hasta que hace apenas tres años recibí mi verdadero diagnóstico: artrosis.

Aunque fue duro al principio, me alivió el saber que comenzaría un tratamiento adecuado para mi mal. Sin embargo, el tiempo corría y los medicamentos recetados no hacían efecto alguno en mí.

Es más, las crisis continuaban durándome hasta cuatro días seguidos. Para poder dormir, aunque fuera un poco, debía colocarme un cojín entre las piernas y ni hablar de cosas tan básicas como bajarme del auto, era terrible.

Hasta que un día, una vecina me comentó sobre un proyecto de cannabis medicinal que se estaba impartiendo en la comuna. Al principio se me vinieron a la cabeza todos esos rumores y mitos que hay con respecto a este tipo de tratamientos, aunque sabía que existía un programa en La Florida, pero no pensaba que iba a llegar a Quilicura.

El dolor fue más fuerte que mis prejuicios, así que decidí probar con Cannabiol, y fue la mejor decisión que pude haber tomado. Desde las primeras semanas, las molestias comenzaron a ceder. Ya podía hacer las cosas cotidianas y volver a trabajar. Fue un verdadero milagro.

Esto me ha devuelto la vida. Estoy tan agradecida de nuestro alcalde, Juan Carrasco Contreras, pues gracias a que se puso la mano en el corazón, he vuelto a ser la persona que fui alguna vez. Solo le pido que no acabe con este programa, ya que en la comuna hay muchas personas que realmente necesitan acceder a él.

Ahora miro hacia el futuro, uno lleno de esperanzas, donde continuaré trabajando y siendo la esposa y madre que siempre he querido ser.

Margarita Cañas

Estrella Ceballos



Llegué a pensar que me enviarían a un asilo

Soy Estrella Ceballos, tengo 50 años y mi relación con el dolor comenzó años antes del inicio de mi enfermedad. Más exactamente en el año 2001, cuando una negligencia médica arrebató de mis brazos a uno de mis hijos.

Pasó mucho tiempo desde ese trágico evento para que pudiera volver a levantarme y ser la mujer fuerte que hoy soy. Pero la tristeza vivida durante tantos años se materializó en un terrible padecimiento.

Las primeras molestias fueron débiles avisos de que algo no andaba bien con mi cuerpo. Empecé a notar que me costaba ponerme de pie y no podía levantar los brazos. Estos síntomas me fueron incapacitando poco a poco, hasta que me fue casi imposible hacer cosas tan simples como barrer.

Pasó un tiempo, hasta que en el año 2016 fui al CESFAM Manuel Bustos, donde me atendió un excelente doctor. Le relaté mis síntomas y me dijo que ya sabía lo que tenía, pero necesitaba confirmarlo a través de exámenes.

El diagnóstico final coincidía con sus sospechas: artritis reumatoide.

Desde ese momento, he probado con diferentes tratamientos sin mayores resultados, por tanto, el dolor se transformó en una presencia constante en mi vida.

En ocasiones amanecía tan rígida, que parecía una momia. Ni siquiera podía colocarme bien la ropa. En ese punto pensé en exterminarme, pues sentía que no servía para nada.

Llegué a pensar que en cualquier momento me enviaban a un asilo. Sentía que mi familia estaba cansada y aburrida de mi enfermedad.

Un día salí a caminar sin rumbo fijo. Lo único que recuerdo es que mis pasos llegaron a sincronizarse con cada lagrima que caía por mis mejillas. Caminé y caminé hasta dar con un grupo de abuelitos que iba saliendo de la casita. Pensé que quizás hacían actividad física para adultos mayores y que eso podría aliviar en algo mi dolor, así que ingresé y consulté.

Me explicaron que en ese lugar no realizaban talleres para la tercera edad, pero que existía un programa de aceite de cannabis para el dolor. Ahí fue cuando conocí a Paulina Bobadilla, quien es un ángel caído del cielo para mí.

Los primeros días en tratamiento con Cannabiol tuve miedo, sin embargo, pasaron los días y lentamente empecé a notar como el dolor se hacía cada vez menor, permitiéndome volver a mi vida anterior.

Solo me queda agradecerle a nuestro alcalde, ya que gracias a él y al fitofármaco, la vida me ha dado una nueva oportunidad. Es más, durante el último tiempo he vuelto a trabajar como vendedora en la feria, lo que me tiene muy contenta.

Hoy miro al futuro con esperanza. Sé que soy una mujer fuerte que ha salido de muchas situaciones dolorosas y esta enfermedad no me la va a ganar. Tengo que saber salir adelante por mi familia.

Estrella Ceballos

Andrea Prado



Viví muchos años bajo la dictadura de un dolor que no cedía

Me llamó Andrea Prado, tengo 48 años, de los cuales, 17 los he vivido en Quilicura. Tengo dos hijos, una hermosa niña de 13 años y un pequeño milagro de 5 años.

Padezco tendinitis en los manguitos rotatorios de ambos hombros y síndrome del túnel carpiano en las muñecas. Las molestias comenzaron hace más o menos 20 años, cuando trabajaba como peluquera.

Tengo mucha resistencia al dolor, pero llegó un punto en el que ya no podía trabajar, porque se me dormían las manos y el malestar se iba haciendo cada vez más insoportable.

El tener que dejar de hacer lo que me apasiona me convenció que había algo malo en mí y que de una vez por todas tenía que ir al médico, quien me explicó que lo único que podía hacer era aplacar mi dolor con altas dosis de analgésicos. Así fue como terminé tomando medicamentos que no surtían efecto alguno en mí.

Viví así muchos años bajo la dictadura de un dolor que no cedía, llenándome de píldoras que solo me adormecían. Hasta que, en el año 2014, la llegada de mi hijo Josué revolucionó mi mundo y me obligó a dejar las pastillas. El tener un recién nacido con síndrome de down y apnea del sueño era una tarea para lo cual tenía que estar 100% disponible.

Realmente pensé que dejar la medicación no cambiaría mucho mi dolor ni mi rutina, sin embargo, el abandonar el tratamiento provocó que el dolor que sentía se multiplicara. Ya no podía hacer los quehaceres de la casa y criar a Josué se transformó en un trabajo titánico.

Uno muchas veces espera el apoyo de la pareja en estas situaciones, pero no lo tuve. Es más, nuestra estabilidad se fue a pique creando una gran fricción entre ambos.

Pero mis hijos me necesitaban, así que decidí buscar alguna solución. Yo pensaba algo debe haber que me calme los dolores y, al mismo tiempo, me permita hacerme cargo de mi guagua. Fue en esa intensa búsqueda que di con el cannabis.

Al principio comencé fumándolo, lo que me aplacaba el dolor de 6 a 8 horas. Fue fantástico para mí, porque podía hacer todas mis tareas diarias sin mayores molestias.

A pesar de este gran descubrimiento, no podía depender de la marihuana.

Lo que me hizo verme envuelta en una gran paradoja, pues a pesar de haber encontrado un remedio ideal y natural para mi dolor, no era legal ni accesible. Esto me llevó nuevamente de vuelta al consultorio a darle otra oportunidad a la medicina tradicional. Fue allí donde me comentaron que se iba a implementar un proyecto para tratar los dolores crónicos a base de cannabis.

Inmediatamente llamé a mi amigo Víctor Cubillos para que me informara sobre el tema. Él me puso en contacto con la Fundación Mamá Cultiva, quienes muy amablemente me entregaron toda la información al respecto.

Una vez que me explicaron sobre que trataba realmente el programa, supe que debía probar con esta medicina que ya me había traído efectos positivos en el pasado.

Un año después de comenzar con Cannabiol, casi no tengo dolores y siento en cada fibra de mí ser como día a día esta enfermedad se va.

Encuentro maravilloso que nuestro alcalde gestionara este proyecto. Hay muchas personas que están saturadas con una gran cantidad de fármacos que no les alivian el dolor y hay otras que no tienen acceso a comprar buenos medicamentos. Entonces, que trajera el fitofármaco y lo pusiera a disposición de sus vecinos y vecinas, es algo realmente impagable.

Hoy veo el mundo con otros ojos. Soy una convencida de que Cannabiol no solo me ha quitado los dolores físicos, sino que también es una medicina para el alma.

En cuanto a mi bebé, creo que llegó a mi vida en ese momento tan complicado para enseñarme un mundo donde hay que entregar más amor todavía.

Ahora solo espero que Dios me dé muchos años de vida, porque tengo demasiados planes. Quiero que mi hijo sea profesional e independiente, y me gustaría volver al rubro de la belleza, que es lo mío. Así es exactamente como me veo en el futuro, con mis dos hijos al lado, siempre con ellos.

Andrea Prado

Viviana Herrera



Vanessa no viviría más de dos años

Soy Viviana Herrera y tengo dos hijos. Aunque cueste creerlo a primera vista, Vanessa tiene 25 años y es la hermana mayor.

Cuando mi hija nació, miré su pequeño rostro y me di cuenta de que era preciosa. Creo que hasta ese día no había sentido un amor tan profundo y sincero como el que sentí cuando vi a mi pequeña por primera vez.

Hasta los tres meses de vida, Vanessa lucía como una niña totalmente normal. Pero cuando comencé a llevarla a la sala cuna, me di cuenta de que algo no andaba bien con ella.

Días después de esta advertencia le comenté mi duda a un especialista, quien me tranquilizó explicándome que no todos los niños apoyan la cabeza al mismo tiempo. Esa tarde me fui a casa un poco más tranquila, pero había algo en mi interior que continuaba molestándome. Tuve que repetirme muchas veces que todo iba bien.

Ya cuando mi hija tenía aproximadamente seis meses, me di cuenta de que saltaba a cada rato. La gente en su ignorancia la miraba y me decía tu niña no para de saltar, parece que estuviera asustada.

Eso me devolvió a mi estado de alerta. Preocupada, le comenté esta situación a mi jefa de la época y ella me recomendó un neurólogo. Al día siguiente la llevé con el especialista, quien la examinó de pies a cabeza y concordó conmigo. ¿Usted trabaja? Sí, contesté. Me miró y dijo: te voy a dar licencia para que le hagas todos estos exámenes a tu hija.

Electros, ecotomografía craneana, scanner y una pila de exámenes genéticos dieron por resultado una epilepsia mioclónica. Cuando el médico dijo epilepsia pensé bueno una epilepsia no es tan mala, hay muchos tratamientos para que lleve una vida normal.

Pero la gran cantidad de medicamentos que comenzó a tomar para aplacar las convulsiones trajo como efecto colateral una severa depresión de su sistema inmunitario, llevándola a sufrir 3 a 4 hospitalizaciones mensuales.

En medio de todo el shock y sufrimiento que estábamos viviendo, el doctor nos citó para explicarnos que, debido a su diagnóstico, Vanessa no viviría más de dos años. Mi familia completa colapsó en ese instante, fue como si entráramos a un oscuro túnel que parecía no tener salida. Era tal el nivel de preocupación sentíamos todos, que recuerdo perfectamente como mi madre le daba comida a mi hija y le tapaba la boca con un pañal para que no la botara.

Encerrados en ese estado de desesperación vivimos los siguientes meses. Tanta angustia me pasó la cuenta y me sumergió en una profunda depresión. Lloraba, tiraba las cosas y me preguntaba constantemente ¿por qué a mí?

Cuando cumplió un año, mi hija entró nuevamente a urgencias con virus sincicial. Estuvo tan grave, que los médicos nos pidieron que nos despidiéramos de ella, porque ya no había nada más que hacer. En ese momento mi marido dijo no, ellos pueden decir una cosa, pero Dios tiene la última palabra.

Al cuarto día mi hija salió de la UCI y pasó a sala. Su recuperación fue realmente milagrosa.

Estos continuos episodios provocaron que replanteara toda mi vida. No podía seguir trabajando y darle el 100% de mi atención a Vanessa. Así que renuncié a mi trabajo y comenzamos con una intensa terapia de ejercicios en la que hacía diez tipos de ejercicios diferentes, veinte veces cada uno, tres veces al día. No pasó mucho tiempo para que todos estos esfuerzos rindieran sus frutos, ya que solo meses más tarde, mi hija afirmó su cabecita por primera vez.

Unos años después de este primer logro, mi hija dio sus primeros pasos, algo que pensamos que jamás pasaría. Y es que en la

Teletón nos habían advertido que nunca habían visto un paciente en la condición de mi hija que pudiera hablar y caminar. Para ese entonces, además de la epilepsia, le habían diagnosticado daño neurológico, síndrome de West, síndrome de Werdnig-Hoffmann y síndrome hipotónico.

Sumado a esta pila de diagnósticos, Vanessa cada día se ponía más agresiva. Eran comunes los momentos de inestabilidad en los que golpeaba la pared, me rasguñaba y tiraba el pelo.

Todo lo que ya habíamos sufrido como familia no nos había preparado para el terremoto que se nos vendría un 28 de diciembre, cuando tras una serie de convulsiones, mi hija volvió a urgencias con un paro cardiorrespiratorio. Fue uno de los momentos más duros de nuestras vidas.

Mi marido, un hombre creyente, lloraba y me decía que ya no quería ver a la niña sufrir. Yo, por otro lado, me desesperé. Pensaba que si algo le llegaba a pasar a mi hija no sabría qué hacer, pues ella ha sido mi compañera de vida.

Fue en ese momento, probablemente, el peor de nuestras vidas, cuando un día vi un reportaje sobre el aceite de cannabis. Al ver los resultados, investigué más al respecto y me puse en contacto con la Fundación Daya, pero estaban copados.

Semanas después de este primer intento mi papá me llama eufórico contándome sobre el convenio que había realizado Quilicura para entregar aceite en base a cannabis. En ese mismo instante partí a la Farmacia Municipal Solidaria para que me dieran más información.

La persona que me atendió me derivó con Paulina, quien muy amablemente me explicó que mi hija calificaba para el programa y me pidió una lista de exámenes que tenía que presentar. Empezamos a hacer los trámites y todo resultó sumamente rápido.

Después nos juntamos y fuimos al Instituto de Salud Pública (ISP) para que nos dieran el pase, esto que demoró un poco, pero

gracias a la gestión de nuestro alcalde, logró concretarse.

Iniciamos el tratamiento el mismo día que nos entregaron el medicamento. Primero dos gotitas, después cuatro gotitas, hasta que llegamos a ocho. En ese punto del tratamiento empecé a notar los primeros avances. Mi hija se veía más tranquila, reguló su digestión, estaba más conectada con nosotros y controló su agresividad. Es más, en estos nueve meses que ha estado con Cannabiol, mi hija solo ha convulsionado en tres ocasiones.

Estos increíbles avances en tan corto tiempo provocaron que Vanessa poco a poco abandonara los medicamentos.

Solo me queda decirle al alcalde que como familia estamos muy agradecidos por la lucha que ha enfrentado junto a nosotros y esperamos poder continuar con el fitofármaco, pues si mi hija está bien, estamos todos bien.

Viviana Herrera



Adriana León R.

Mis hijos fueron los primeros en notar que algo no andaba bien conmigo

Mi nombre es Adriana León Ramírez, tengo 57 años y padezco distonía cervical compleja y temblor esencial.

Hace siete años mi vida era totalmente diferente. Me levantaba todos los días para ir a trabajar, era una mujer muy activa y llena de vida.

Los primeros en notar que algo no andaba bien conmigo fueron mis hijos. Me comentaban preocupados que mi cabeza se movía sola.

Realmente esta situación no me inquietó demasiado y la atribuí al estrés que había estado viviendo durante el último tiempo por mi separación.

Pero día a día los síntomas fueron haciéndose más molestos. El movimiento de mi cabeza, que al principio era débil, se fue tornando cada día más fuerte, hasta que finalmente me llevó a la consulta de un médico.

El primer diagnóstico que me atribuyeron fue Parkinson, enfermedad para la que me recetaron unos medicamentos que no parecían surtir efectos, pues el movimiento de mi cabeza continuaba con la misma intensidad, afectando enormemente mi calidad de vida y capacidad para trabajar.

Al ver los pocos resultados que estaban dando los medicamentos, decidí explorar otras opiniones. Tras semanas investigando di con el Centro de Trastornos del Movimiento. Ellos muy amablemente me analizaron y confirmaron mis sospechas: nunca tuve Parkinson, sino que distonía cervical compleja.

En ese momento comencé con un nuevo cóctel de medicamentos que no hacían más que dejarme ida. Mis hijos me hablaban y yo no los escuchaba, mi mente no estaba ahí.

Todo este cúmulo de cosas me sumergió en una profunda depresión en la que no era capaz de aceptar mi enfermedad. Pasaba días encerrada en mi pieza sin comer.

Pero me considero una mujer fuerte, capaz de salir adelante sin importar los baches que la vida me presente.

Esa fuerza interna fue la que me obligó a levantarme y seguir luchando. Tenía claro que pasara lo que pasara, esta enfermedad no se la iba a poder conmigo. así fue como me di ánimos y continué investigando posibles soluciones para lo que me estaba hundiendo.

Esa búsqueda me llevó directo a la Fundación Daya, ellos me guiaron y recomendaron Cannabiol. Este fue mi primer acercamiento con el fitofármaco.

Al principio tuve que costear este tratamiento yo misma. Me costó mucho juntar mes a mes la plata para acceder al medicamento, ya que vivo con la jubilación y la ayuda de mis hijos.

Finalmente, mi falta de recursos económicos no me dejó otra que suspenderlo. Eso me hizo retroceder todo lo avanzado.

Mis conocidos, al verme en esa situación, me recomendaban fumar marihuana, pero la verdad yo nunca la he probado. Ese es el mayor chiste de todos.

Un día me enteré de que en mi comuna entregaban Cannabiol sin costo alguno. Investigué y pregunté hasta que di con la casita. En ese lugar conocí a Paulina, quien muy amablemente me explicó en qué consistía el programa y me inscribió.

En el presente sigo el tratamiento de manera constante y mi vida está mucho más tranquila. He bajado las revoluciones y prácticamente no siento dolor en el cuello. Mis conocidos hasta me encuentran más optimista.

Como me he sentido tan bien, abandoné el tratamiento

farmacológico y solo me trato con Cannabiol, flores de Bach, homeopatía y una inyección de Botox que me colocan cada tres meses en el Hospital San José. Pero a veces pasan meses sin colocármela porque no siempre llega la toxina.

Todo este progreso ha sido gracias a nuestro alcalde. El fitofármaco se ha transformado en mi cachito de fe, porque me siento bien y me hace bien.

Antes me proyectaba mucho, pero esta enfermedad me ha llevado a vivir el día a día. Lo único que espero y quiero es que un día mi cabeza se quede quietita.

Este largo camino que me ha tocado recorrer durante los últimos años me ha enseñado muchas cosas. Me costó hartito empezar a mirar lo bueno de todo esto, pero con el tiempo lo conseguí.

Adriana León Ramírez



Lorena Santos

Esta enfermedad ha sido super cruel con nosotros, sentí que matábamos a mi hijo

Me llamo Lorena Santos y soy mamá de Elías y Benjamín. Cuando me enteré de que estaba embarazada por segunda vez, una inmensa alegría me inundó y se plasmó en este bebé en crecimiento.

Pero lamentablemente este sentimiento no duró mucho. A los 5 meses de gestación diagnosticaron a mi pequeño con Esclerosis Tuberosa, una enfermedad que produce tumores no cancerosos en distintos órganos del cuerpo y que tiene una baja probabilidad de supervivencia. Al explicarme la situación, los médicos me dijeron que probablemente mi hijo no viviría más de seis horas después de nacer.

En ese momento se me vino el mundo encima. No fue nada fácil seguir viviendo día a día sin saber que iba a pasar con mi bebé. Me preguntaba constantemente ¿por qué me pasó a mí?, ¿por qué no le pasó a otra?, si yo no soy mala, he sido buena mamá, hija, vecina, hermana, trabajadora.

Entonces, ¿por qué? Realmente pasé mucho tiempo cuestionándome y sintiendo miedo.

Elías nació hace exactamente 7 años. Cuando lo tuve entre mis brazos por primera vez, vi a un bebe hermoso y tranquilo que no parecía tener problemas.

Pese a ello, sabíamos que estaba enfermo y que en cualquier momento se iría de nuestro lado.

Los médicos lo tuvieron en la Unidad de Neonatología hasta los dos meses esperando que falleciera. Pero Elías nunca murió, todo lo contrario, sucedió algo que nadie había imaginado: comenzó a respirar solito.

Luego de este pequeño milagro, pudimos traerlo a casa. Pero la

tranquilidad nos duró muy poco tiempo, pues, al cumplir tres meses, mi hijo hizo un estado convulsivo que lo llevó de urgencia a la clínica. Desde ese día, Elías presentó de 100 a 150 crisis diarias. Decir que volví a sentir miedo otra vez es poco, en ese momento el mundo se transformó en una montaña rusa que nunca se detenía.

Exámenes, médicos, clínicas, un desgaste económico y mental importante, donde todo se iba a la salud de Elías. La Isapre nos rechazó porque la enfermedad no estaba prescrita, obligándonos a costear todo de forma particular. Solo el parto y las hospitalizaciones que llevaba hasta ese momento tuvieron un costo cercano a los seis millones, cifra que aumentó considerablemente debido a los intereses. Estaba tan ahogada con las deudas, que no me quedó otra opción que entregar mi casa y venir a vivir de allegada donde mi hermana.

Esta suma de cosas provocó que en algún punto me desesperara, incluso llegue a pensar en desaparecer. Cuando comenzaba a sentirme así, salía en el auto, me ponía a llorar y creía que iba a chocar con un camión, pero paraba y pensaba que no me la iba a ganar, porque mi hijo no tiene a nadie más.

Esta enfermedad ha sido súper cruel con nosotros. Además de la Esclerosis Tuberosa Cerebral, al año le diagnosticaron epilepsia reflectaría, autismo por medicación, síndrome de West que ya no lo tiene, pero ahora tiene síndrome de Lennox, que es mucho peor.

Este gran número de diagnósticos tuvo a mi hijo hasta los dos años consumiendo diez medicamentos diferentes al día, causando inflamación al hígado, problemas con su tiroides y en el esófago. Estábamos matando a Elías.

Hasta que un día, por esas cosas del destino, como digo yo, encontramos a una persona que me propuso tratarlo con cannabis. Inmediatamente me negué, ya que tenía un muy mal concepto de lo que era la marihuana, los volaos y el tráfico.

Esta persona comenzó a investigar más a fondo y me invitó a

Mamá Cultiva, agrupación donde pude conocer a Paulina Bobadilla. Ella ya estaba más avanzada en el tema y nos ayudó mucho, nos enseñó a cultivar, a hacer el macerado y la resina.

Al ver el sufrimiento diario de mi hijo y darme cuenta de que los medicamentos no estaban funcionando, decidí arriesgarme y tratar a mi hijo con aceite de cannabis artesanal. Solo bastaron unos meses desde el inicio del tratamiento para que mi pequeño comenzara a dar sus primeros pasos. Esto quizás no es gran cosa para la mayoría, pero para mí como madre lo fue todo.

Con esta hazaña, Elías rompió todos los récords. Nos llamaban de la clínica para que fuéramos a hacerle exámenes, porque querían saber cómo había durado tanto y por qué caminaba, ya que no tiene músculos, es como una jalea.

En el año 2018, Paulina me comentó que en Quilicura había un proyecto en el que entregaba un fitofármaco a base de cannabis y que podía servirle a Elías, así que hicimos los trámites para acceder al medicamento, trámite que fue bastante rápido. Mi hijo comenzó con Cannabiol ese mismo año y nos ha dado excelentes resultados.

Hoy Elías camina, está más activo, despierto y obedece órdenes. A lo mucho tiene una o dos crisis al día y de los diez medicamentos que tomaba, hoy solo toma tres.

Que el alcalde haya traído el fitofármaco a base de cannabis hasta nuestra comuna ha sido fabuloso. Él se ha puesto en el lugar de cada una de las familias que están sufriendo, nos ha acompañado durante los momentos más críticos y esperamos que siga luchando junto a cada uno de nosotros. Gracias a él, Elías puede acceder a este tratamiento, si no fuera así, estoy segura de que estaría con mi hijo medio muerto.

Como madre y mujer, ha sido un camino bastante duro. Pero si pudiera volver a atrás, no haría nada diferente. Ver a mi hijo caminar, sentir como me abraza y me besa, es algo impagable.

De las seis horas que le habían dado, hoy Elías cumple siete años a mi lado. Este pequeño le ha dado un vuelco a mi vida en todo sentido, ha sido mi motor, mi cable a tierra, mi corazón está dividido entre él y yo. Ahora sé que existe una razón por la que llegó a mi vida, no sé si me he vuelto mejor persona, pero si me ha ayudado a cambiar mi forma de enfrentar las dificultades que se me han ido presentando.

Lorena Santos



Bella Flor

Ya sufrí demasiado, llegó el momento de vivir en plenitud

Mi nombre es Bella Flor, tengo 74 años y mi historia parte el año 2003, cuando unas simples molestias se transformaron en un calvario que parecía no tener fin.

Dolor, era lo primero que sentía cada vez que abría los ojos por la mañana. Llegué a estar totalmente inválida, no podía caminar ni menos dormir. Recuerdo haber pasado meses en cama, lo que además me sumó una profunda depresión.

Me diagnosticaron con artrosis y osteoporosis. Lo único que escuchaba en ese momento era al médico diciéndome que tenía muy desgastados mis huesitos y que donde tuviera huesos me iba a doler.

Tenía ganas de morir. Pensar que nunca más podría caminar y ser independiente me destrozó.

Un día, estando en un control de rutina en el consultorio, la enfermera vio mi ficha y me dijo, señora Bella, ¿por qué no se inscribe en el programa de cannabis medicinal?

Yo ya conocía la marihuana, había probado el aceite artesanal y me hacía friegas con tinte de hojas. Sabía que me quitaba el dolor y me hacía bien, por lo que no dudé ni un segundo en inscribirme.

Empecé el tratamiento con dos gotitas. Actualmente tomo cuatro gotitas tres veces al día y ha sido un cambio del cielo a la tierra, me sirve hasta para dormir. No voy a negar que aún siento molestias de vez en cuando, pero he vuelto a ser la mujer activa que siempre fui.

Dejé todos los medicamentos para la artrosis y actualmente solo estoy tomando fármacos para controlar mi presión arterial. Definitivamente el fitofármaco me ha traído de vuelta a la felicidad.

El gestionar este programa en nuestra comuna es lo mejor que ha hecho el alcalde. Sin Cannabiol, probablemente ya estaría en silla de ruedas.

Hoy tengo 74 años, pero no me siento como un adulto mayor. Lo único que espero para mi futuro es tener la posibilidad de viajar. Me gustaría conocer lugares como Brasil o Cuba. Tengo que aprovechar el tiempo y hacer todo lo que no pude cuando estaba inválida.

Ya sufrí demasiado, llegó el momento de vivir a plenitud.

Bella flor

Juana Carrasco Hidalgo



Continué meses en esta clase de negación creyendo que no pasaba nada

Mi nombre es Juana Carrasco Hidalgo, tengo 67, soy madre de tres hermosos hijos y abuela de cuatro nietos maravillosos.

Todo empezó hace aproximadamente dos años, cuando durante una clase de yoga, comencé a notar ya no podía realizar las posiciones básicas de la disciplina. Sin embargo, como soy un poco porfiada, no le tomé mayor importancia y se lo atribuí a la edad.

Pasó el tiempo y mi capacidad para realizar tareas tan simples como subir escaleras o caminar distancias un poco extensas, fue deteriorándose. Aun así, no hice nada para saber que me ocurría. Continué meses en esta clase de negación creyendo que no pasaba nada, hasta que un día, al igual que un tsunami que arrasa con todo, apareció un intenso dolor en la parte baja de mi cuerpo.

Esta fuerte crisis me llevó directo al médico. Tras una serie de exámenes me diagnosticaron artrosis de rodillas y me recetaron una gran cantidad de analgésicos, entre los que se encontraban pregabalina y tramadol.

Después de meses en tratamiento, en vez de remitir, el dolor aumentaba cada día un poquitito más. El estar en reposo ya no me ayudaba en absoluto para calmar las molestias y mis noches se transformaron en un completo infierno en el que no podía hacer más que llorar.

Un día, por cosas del destino, llegó a mí un volante con la información sobre el programa de cannabis medicinal que se estaba implementando en nuestra comuna. Yo ya conocía el cannabis y tengo varios amigos y familiares que lo utilizan, así que pensé, ¿por qué no?

Con el volante en mano llegué a la casita. Allí conocí a Paulina, quien amablemente me explicó el programa y me inscribió.

Desde que estoy en tratamiento con cannabiol me he sentido mucho mejor. Antes no podía moverme del dolor y ahora hasta bailo rock and roll.

Juan Carrasco, le habla Juana Carrasco y en este testimonio quiero dejar plasmada la inmensa gratitud que siento. Gracias a usted, he rejuvenecido y soy una persona totalmente activa otra vez.

Hoy puedo decir que estoy feliz de la vida que me ha tocado vivir y lo único que espero para mi futuro es tener una vejez digna en la que siempre pueda valerme por mí misma.

Juana Carrasco Hidalgo



Maggaly Rojas

Para mí era una droga de lo peor, tenía un mal concepto de la Marihuana

Mi nombre es Magaly Rojas, tengo 52 años y soy la afortunada mamá de dos maravillosos hijos de 26 y 23 años.

Para contar bien mi historia, debo retroceder hasta el 2010, año en el que comenzaron a tratarme por una depresión post terremoto y terminaron diagnosticándome hipotiroidismo, menopausia, artrosis y dolores de cabeza crónicos.

Fue tal el dolor que sentía, que llegó un momento en el que me encontré hundida sin salida alguna. La que hasta alguna vez fue una mujer activa, trabajadora y amante de la vida, ya no existía más. No quería dejarme vencer, pero muchas veces me dieron ganas de tirar la toalla. Y es que el sentir que nadie entiende por lo que estás pasando es duro.

Todo este estrés provocó quiebres en mi familia. Mis hijos se molestaban porque me veían enojada, no sabían que yo andaba enojada por el dolor que sentía. Por otro lado, mi matrimonio, que ya se encontraba repleto de fisuras, sufrió una fuerte sacudida de la que fue imposible recomponerse.

Entre todo ese torbellino de emociones y dolor que estaba viviendo, me invitaron a una reunión de la Fundación Mamá Cultiva, lugar que me obligó a tirar todos mis prejuicios a la basura. Y es que, hasta ese momento, tenía un muy mal concepto de la marihuana. Para mí era una droga de lo peor.

No obstante, el llegar a la Fundación y escuchar la opinión de esas personas, como cambió su vida desde que habían iniciado un tratamiento con cannabis, me exigió mirar de otra manera a esta plantita.

Ese día decidí que iba a darle una oportunidad al tratamiento con cannabis. Quería comenzar a probarla como enseñaban en Mamá Cultiva, a través de gotas y cremas, pero sin fumarla.

Empecé a consumir las gotas y a hacerme friegas con el tinte que se prepara de cannabis y alcohol, eso lo he repetido a diario y me ha dado excelentes resultados. El dolor disminuyó considerablemente y hasta mi semblante mejoró.

Y como no iba a mejorar mi rostro, si el malestar ni siquiera me permitía dormir. Fueron cientos de noches en las que desperté llorando del dolor. Los discos de mi espalda están tan gastados que por dentro soy mucho mayor que mi mamá.

Fue a través de la misma Fundación, que meses después me enteré que se estaba implementando un programa con fitofármaco a base de cannabis en Quilicura. En ese mismo instante me inscribí para acceder al tratamiento.

El primer mes de tratamiento con Cannabiol ya podían observarse los primeros resultados. El dolor se fue casi por completo, puedo dormir bien, volví a trabajar, participo del Cosof y soy presidenta de la junta de vecinos de mi villa.

No me queda más que agradecerle a la Fundación Mamá Cultiva y a nuestro alcalde, ya que, gracias a ellos, mi vida mejoró enormemente. Espero que el programa continúe en el futuro y que seamos muchos más de 200 los beneficiados.

Hoy soy una agradecida de la vida. Sé que me queda un largo camino por recorrer y espero hacerlo ayudando a todas las personas que me necesiten, porque esa es la razón que me impulsa a seguir levantándome todas las mañanas.

La lección que he podido rescatar después de haber sufrido tanto dolor, es que todo lo que sucede en tu vida, de una u otra forma, te hace crecer y ser mejor persona.

Magaly Rojas



María Roa

Llegó a ser tan potente el dolor, que no paraba de llorar

Mi nombre es María Roa y soy mamá soltera de dos hermosas mujeres. Actualmente vivo de allegada con mi hija menor, que es universitaria, en la casa de la mayor.

Gran parte de mi vida gocé de buena salud, hasta que hace dos años aproximadamente inició mi calvario. Lo que comenzó como un adormecimiento de las extremidades inferiores, poco a poco se transformó en un profundo dolor que no me permitía caminar bien.

El verme cojear del dolor asustó a mi hija mayor e inmediatamente me llevó al médico, quien tras una serie de exámenes me diagnosticó una hernia lumbar y enfermedad degenerativa de los discos.

Desde ese momento tuve que dejar de hacer mi vida normal. El dolor que sentía era tan grande que no me dejaba trabajar ni realizar los quehaceres de la casa. Lo intenté varias veces, pero el solo hecho de caminar o subir las escaleras me hacía sentir que iba a morir del dolor. Incluso en la noche era insoportable. A veces me daban las 3 de la mañana sin poder dormir por las molestias.

De todos los medicamentos que me recetó el médico particular, probablemente el único que surtió efecto fue una inyección que me colocaban cada tres meses, el problema era que su elevado costo me impedía acceder a él

Esta enfermedad me dejó literalmente en el suelo. Yo siempre me he considerado una mujer bastante fuerte, pues he vivido muchas situaciones difíciles. Pero los dolores eran extremadamente profundos y, lejos de remitir, empeoraban cada vez más.

En una ocasión, llegó a ser tan potente el malestar, que no paraba de llorar. Mi hija se asustó mucho y me tuvo acostada todo ese

día. No entendía como no existía algún medicamento o tratamiento que me quitara de una vez por todas este dolor.

Tras dos años sintiéndome cada vez peor, volví al médico. Esta vez decidí hacerlo porque mi amigo Tadeo me convenció de hacerlo.

Allí me explicaron que debía operarme la hernia y que realmente mis discos estaban muy gastados, lo que podía ocasionar que terminara en una silla de ruedas.

Les comenté sobre el intenso dolor que se había apoderado de mí y me sugirieron un tratamiento nuevo a base de cannabis medicinal. La verdad yo nunca había probado la marihuana, aun así, no tenía mayores prejuicios, quizás sentí un poco de miedo de lo que iba a experimentar.

A pesar de mis temores acepté el tratamiento.

Desde que comencé con Cannabiol mi vida cambió 100%. Ha sido tal la magnitud del cambio, que dejé todos los medicamentos que estaba tomando. Lo único que ahora me falta es que me saquen la hernia, pero tampoco es algo que me quita el sueño, pues ya no siento nada de dolor y he vuelto a hacer mi vida normal.

Realmente encuentro maravilloso que el alcalde nos ayude con el medicamento, porque no todos tenemos dinero para acceder a él. Debo decirle que lo ha hecho muy bien. Se ha preocupado de los ancianos, los niños, los animales, de todos. Gracias a él, esta comuna ha crecido mucho.

Ahora solo quiero continuar con mis emprendimientos, volver a trabajar y, por supuesto, tener mi casita propia acá en Quilicura. Esa es mi ilusión más grande y por lo que continúo luchando día a día.

María Roa

Liliana Maranhão



llevo años luchando con dolores que no me han permitido vivir tranquilamente

Mi nombre es Liliana Marambio, tengo 56 años y soy madre de dos hijos maravillosos.

La historia de mi vida la de una mujer con harto esfuerzo y aguante. Llevo más de 20 años luchando con unos dolores que no me han permitido vivir tranquilamente. Pese al largo tiempo que llevo batallando con estas molestias, solo hace algunos pocos años me entregaron mi diagnóstico oficial: tengo fibromialgia, osteoporosis, escoliosis y cinco discos corridos.

Realmente nunca había escuchado hablar de la fibromialgia. Cuando me explicaron en qué consistía y las consecuencias que traía consigo, no pude asumirlo. En ese instante mi barco comenzó a hundirse. No quería ser esclava de un mal que un día me tenía estable y al siguiente me dejaba tirada como un trapo. Lo peor es que nadie realmente sabe lo mal que te sientes.

De hecho, muchas veces me sentí totalmente incomprendida. Mi familia no entendía que viéndome tan bien por fuera, sufriera tanto. Pese a todo, me apoyaron mucho. Si no fuera por eso, yo me habría derrumbado hace rato.

En más de una ocasión me encontré bramando del dolor. Estaba tan mal que llegué a pedir la muerte. Le decía a dios que me diera el regalo de llevarme una vez, porque ya estaba cansada.

Sin embargo, me levanté y continúe buscando alguna manera de mejorarme. Así fue como llegué hasta el consultorio. Allí me hicieron una pila de exámenes y me recetaron tramadol. Ese medicamento me hace pésimo, por lo que le pregunté si no existía alguna medicina alternativa que pudiera ocupar. Así fue como llegué a la casita y conocí a Paulina.

No negaré que al principio sentí algo de miedo. Pensé que quizás Cannabiol podía acelerarme el corazón o hacerme ver alucinaciones. Eso se llama ignorancia y yo fui una ignorante en el

tema. Y es que yo realmente desconocía todas las propiedades del cannabis y me costó aceptar que las gotitas de una planta que es tan polémica podían ayudarme tanto.

Han transcurrido varios meses desde que inicié el tratamiento y debo reconocer que me he sentido bastante mejor. Si bien no me ha quitado 100% las molestias, me ha ayudado mucho, incluso dejé de tomar el tramadol y la pregabalina, medicamentos que me estaban destruyendo el estómago.

Estoy inmensamente agradecida con el programa y el apoyo que nuestro alcalde nos ha dado. Espero que este proyecto continúe, pues, de alguna manera, ha cambiado la vida de todos los que afortunadamente hemos podido acceder a él.

Ahora solo espero ir sacando todos los achaques de mi cuerpo poco a poco. Sé que quizás es imposible, pero si Dios me lo permite, seguiré luchando hasta el final.

Liliana Marambio



Itza González

Me destruí psicológicamente. Ya ni siquiera tenía ganas de salir a la calle o de ver a algún ser querido

Soy Ita González, peluquera, madre de dos hijos y abuela chocha de un pequeño de 9 años. Llegué a Quilicura hace 25 años a echar raíces y lo logré, he tenido una vida muy bonita en esta comuna.

Mi declive, como yo lo llamo, comenzó en el año 2000. De un día para otro me vino un terrible ardor en las manos. A pesar de lo intenso del malestar, no le tomé demasiada importancia y seguí con mi vida.

Tras cinco años sintiendo como el dolor incrementaba hasta volverse insoportable, decidí que finalmente era hora de ir al médico. Tras una serie de exámenes y procedimientos, me diagnosticaron artritis reumatoide, una enfermedad autoinmune que causa dolor, inflamación y rigidez en las articulaciones.

Para paliar en algo el dolor y las molestias que me causaba este padecimiento, me recetaron un gran número de pastillas, pero no surtían mayor efecto. Lo único que sentía era sedación.

Hasta que llegó un día en el que no pude moverme y sentía cada poro de mi cuerpo quemándose, tal y como si me estuvieran dando vuelta un jarro con agua hirviendo.

Asustada por esta nueva sensación, volví al médico. Esta vez, además de la artritis, me diagnosticaron fibromialgia. Para ser honesta no tenía idea de que me estaban hablando. Ni siquiera la había oído nombrar. Sin embargo, era algo que me estaba ocurriendo, por lo que debía encontrarle alguna solución.

Probé una serie de tratamientos sin que me quitaran el dolor, traté cada cosa que me decían con tal de que el malestar cediera, pero nada dio resultados positivos. Me mantuve en esas condiciones aproximadamente dos años, hasta el día en que mi madre falleció.

A medida que vas creciendo crees estar preparada para el dolor que sentirás el día que tu mamá muera, pero no es así. Con la partida de ella, arrancaron una parte de mí. Esa sensación de que te quiten un trocito de alma, se manifestó físicamente en cada centímetro de mi cuerpo, no podía mover las manos ni caminar.

Al verme en esas condiciones, los médicos me aconsejaron que usara un bastón. Además, me explicaron que, si mis enfermedades continuaban avanzando a ese ritmo, terminaría usando silla de ruedas.

Me destruí psicológicamente. Ya ni siquiera tenía ganas de salir a la calle o de ver a algún ser querido.

Recuerdo un día en específico en el que me di ánimos para ir a la feria. Algo que puede ser fácil y común para la mayoría, fue todo un desafío para mí. De un momento a otro, un dolor comenzó a invadirme desde la punta de los pies. Me paralicé y, dentro de mi estado de shock, lo único que pensé fue en llamar a mi hija. Ella llegó con toda la paciencia del mundo y me subió a un taxi. Llegamos a la casa y me acosté a llorar.

Más de una vez pensé en acabar con mi vida. Pero mis ganas de vivir siempre han sido más grandes. Al final yo no quería morir, solo quería terminar con este sufrimiento.

Así pasé varios meses hasta que un día, mi querida amiga Andrea, me contó que había un proyecto de cannabis medicinal en la comuna. Fue gracias a ella que conocí el maravilloso Cannabiol. Este fitofármaco ha cambiado del cielo a la tierra mi vida. Desde el momento que comencé a tomarlo ya no sentí más dolor y mi vida volvió a ser la misma de antes. Lo más increíble de todo es que pude caminar sin bastón otra vez, algo que no pensé que fuera posible.

Espero seguir avanzando positivamente. Actualmente estoy en una agrupación de músicos quilicuranos y tenemos grandes proyectos para la comuna. Mi meta es enseñar a cantar a los pequeños que sientan pasión por la música como yo.

Hoy solo me queda expresar mi inmenso agradecimiento a Juan Carrasco. Y es que, gracias a él, he vuelto a nacer. Esa es la verdad.

Ita González

Victoria Tapia



Pensé en desaparecer, pero me calmaba y decía a mí misma que era algo muy egoísta hacerlo

Mi nombre es Victoria Tapia, estoy casada y soy mamá de 3 hijos y abuela de 4 hermosos nietos.

Nací y crecí en Quilicura. Todos los recuerdos de mi infancia se remontan hasta este maravilloso lugar.

Cuando me casé, en el año 1974, me fui a vivir a Santiago Centro, comuna que me acogió hasta hace tres años, cuando una inmobiliaria compró todas las casas del sector para construir edificios. Con el dolor de mi alma tuve que vender mi casa, estaba triste, pero por otro lado feliz, pues estaba volviendo a mi pueblo.

En cuanto a mi enfermedad, podría decir que todo comenzó hace 11 años, cuando tras el abrupto rompimiento de la relación de pareja de mi hijo, mi nuera se mudó con mi nieto a la casa de sus padres. Eso me derrumbó, porque desde que nació mi pequeño, prácticamente lo criamos con mi marido.

Fueron muchos años en los que no tuvimos ninguna clase de contacto con él, situación que me afectó enormemente. Tuve que dejar mi puesto de secretaria en el Banco Español. Tiempo después comencé a trabajar en una consulta médica, donde poco a poco las psicólogas que atendían en el lugar notaron lo triste que estaba y me lo hicieron saber.

Ese fue el momento en el que decidí consultar a un especialista, quien confirmó lo que todos me habían estado diciendo: estaba con una profunda depresión.

No obstante, además de la pena, realmente me sentía muy mal físicamente. No quería ni podía levantarme y ni hacer nada durante el día.

Pensé en desaparecer, pero me calmaba y decía a mí misma que era algo muy egoísta hacerlo.

Las palabras de mi padre fueron las que me levantaron todos esos días que quise tirar la toalla. Él me decía: yo soy Víctor y tú Victoria, significa que somos guerreros, que tenemos que seguir de pie.

De algún modo su recuerdo me dio la fuerza para continuar.

Un día, después de un extenso periodo de peregrinación por distintas consultas médicas, llegué al Jota Aguirre. El doctor que me atendió allí vio mis exámenes y me dijo que tenía espondilitis anquilosante y fibromialgia. Yo no tenía idea de lo que estaba hablando. Nunca en mi vida había escuchado esos términos.

Lo único que supe fue que comenzaron a medicarme con dosis desorbitantes de calmantes, relajantes musculares y antidepresivos, fármacos que me tenían dopada y que no disminuían en nada mi dolor.

Debido al fracaso de la medicina tradicional, recurrí a la alternativa. Flores de Bach, acupuntura, piedras calientes, terapia con abejas, hice todo con tal de que este dolor que me estaba volviendo loca disminuyera un poco.

Durante meses continúe así, luchando contra mis molestias. Hasta que, mi hermano menor, Alvarito, me comentó que en Quilicura existía un proyecto para entregar un fitofármaco a base de cannabis y que debería probarlo. Así fue como llegué a la casita, lugar donde junto a muchas otras personas, me explicaron que había quedado seleccionada para el proyecto.

Ya llevé 5 meses en tratamiento con Cannabiol y la verdad es que me ha quitado mucho el dolor. Yo no podría decirte que estoy 100% curada, porque eso sería una mentira. Aún tengo molestias y dolores, pero muy muy suaves.

Los otros remedios no los he dejado, porque los médicos que me atienden en el CESFAM y en el Hospital San José me han explicado que junto con las gotas debo continuar con el tratamiento tradicional.

Estuve mucho tiempo en un limbo, pero siento que en este momento he logrado salir. Ya no solo siento menos dolor, sino que también mi ánimo ha mejorado enormemente. Ahora me dan ganas de salir, participo en programas del adulto mayor, en los talleres que imparte la municipalidad, juego con mis nietos. Simplemente estoy feliz.

No pretendo volver a trabajar ni salir a recorrer el mundo. Lo único que espero es seguir siendo buena esposa, madre y abuela. Quizás a algunos les parecerá un poco aburrido mi deseo, pero para mí, la familia lo es todo.

Solo me queda decir que soy y siempre he sido una Carrasco lover, porque él ha cambiado mi vida.

Victoria Tapia



Nicole Catalán

Muchas veces colapsé. Sin embargo, cada vez que entré en ese estado, me sequé las lágrimas y continué luchando por mi pequeño

Mi nombre es Nicole Catalán, tengo 33 años y soy mamá de un hermoso niño de 7 años.

El embarazo de Martín fue bastante normal hasta los 8 meses de gestación, cuando una simple ecografía de rutina dio por resultado una serie de anomalías en el cerebro de mi bebé.

Esta noticia nos paralizó como familia. El doctor me explicó que lo mejor era que mi hijo naciera lo antes posible, así que me hospitalicé esa misma semana, pero no había cupo en la neo y me dieron el alta.

Preocupada por lo que podía pasar, fui en busca de una segunda opinión. El nuevo doctor me hizo otra ecografía en la que parecía estar todo bien. Pero mi instinto de madre continuaba diciéndome que algo le pasaba a mi bebé, así que decidí buscar una tercera opinión. Esta vez fui a un médico de la Clínica Dávila, quien me recomendó quedarme con la opinión de mi segundo doctor, recalcándome que estaba todo bien.

Dos semanas después de esta odisea, nació mi pequeño. Recuerdo que al sostenerlo entre mis brazos todos mis miedos se esfumaron, pues lucía totalmente sano.

Estando todo aparentemente bien, a los 3 días nos dieron el alta y volvimos a casa.

Transcurrieron tres tranquilos meses hasta que con mi marido tomamos la decisión de realizarle la resonancia que el primer médico me había recomendado hacerle una vez que naciera.

Gracias a ese examen y a mi inquietud, pudimos comprobar que mi hijo había nacido con el síndrome de Torch, condición que agrupa un conjunto de enfermedades infecciosas que afectan a las mujeres embarazadas y se transmiten al feto a través de la circulación materno-fetal.

Según las conclusiones de los médicos, esto ocurrió porque durante el embarazo yo me contagié citomegalovirus congénito, una infección que es asintomática. O sea, no tenía como saber que estaba ahí y le produciría eso a mi bebé.

Desde ese día no hemos parado de visitar neurólogos, infectólogos y genetistas, quienes mantuvieron estable a Martín hasta el año y medio, cuando además lo diagnosticaron con epilepsia reflectaría.

Ese fue el momento que todo se vino abajo. Tenía en casa a un niño de casi dos años tomando siete medicamentos sin que le hicieran efecto o le frenaran las convulsiones.

Fueron años súper complicados, me da mucha lata y pena acordarme. Imagínate tener a tu hijo todos los meses hospitalizados y no saber qué más hacer para aliviar su dolor. Como mamá es terrible esa sensación.

Muchas veces colapsé. Sin embargo, cada vez que entré en ese estado, me sequé las lágrimas y continúe luchando por mi pequeño.

Investigué muchas opciones de tratamiento, hasta que finalmente, un cercano me dio el dato de la Fundación Mamá Cultiva. La busqué por internet, les mandé un mensaje y respondieron. A los pocos días me junté con ellos y me dieron un frasco de aceite de cannabis artesanal para que probara con Martín.

El efecto del aceite se notó de inmediato. De un 100% las crisis bajaron un 70%, o sea fue muy notorio el cambio. Antes de iniciar el tratamiento mi hijo era hospitalizado una vez al mes por las crisis, esta cifra también disminuyó. De hecho, hubo un año entero en que no lo hospitalizaron.

A raíz de la misma Fundación me enteré de que existía el proyecto de cannabis medicinal en Quilicura y no dudé un segundo en inscribir a Martín.

Desde el día que inició con Cannabiol, nuestra calidad de vida ha mejorado notablemente. Las crisis han disminuido incluso más que con el aceite artesanal, además mantiene a mi hijo estable y conectado con nosotros.

Todo este avance ha sido gracias a nuestro alcalde. Por eso, ocuparé estas líneas para agradecerle por apoyarnos y por estar ahí luchando siempre con nosotros al pie del cañón.

Realmente no me proyecto a largo plazo. Hoy vivo y aprovecho el día a día con mi hijo sin saber hasta cuando lo tendré conmigo, ya que con estos niños el tiempo es el regalo más valioso.

De lo único que tengo certeza en este momento es que Martín es mi vida entera.

Nicole Catalán

Jeannette Valdés Navarrete



Mi calvario comenzó hace varios años con una caída que provocó fuertes dolores en el coxis

Mi nombre es Jeannette Valdés Navarrete, estoy casada hace 35 años y fruto de ese matrimonio tengo dos estupendos hijos, los cuales ya volaron del hogar materno para hacer sus vidas de manera independiente

Mi calvario comenzó hace varios años con una caída que me provocó fuertes dolores al coxis. Sin embargo, me hice la tonta y no fui inmediatamente al médico.

El detonante que me alertó de que algo no estaba bien con mi cuerpo fue un ataque que me dejó completamente tullida. En ese momento me dije ya no más y tomé la decisión de ir al doctor. Después de una serie de exámenes, me diagnosticaron espondiloartrosis y me recetaron pregabalina y tramadol. Al principio los medicamentos hicieron efecto, pues me desinflamaron las vértebras, pero al poco tiempo de tratamiento me dañaron severamente el estómago, obligándome a dejarlos.

Sin ningún calmante que acallara el dolor que me invadía, las molestias se acrecentaron hasta el punto en el que no paraba llorar. No me podía levantar y si lo hacía tenía que moverme muy despacio, igual que un motor cuando va partiendo.

Este escenario en que me estaba desenvolviendo me acarrió una depresión súper fuerte. Y es que, antes de enfermarme, solía ser una mujer súper activa con un trabajo estable como peluquera y una afición por las manualidades.

Pese a todo el dolor que estaba viviendo, no me iba a dar por vencida. El tirar la toalla no se encontraba dentro de mis posibilidades, ya que tengo hijos, marido, un hermoso nieto y tanto por lo que disfrutar aún.

Buscando soluciones por todos lados, un día decidí por mi cuenta probar fumando cannabis y averiguar que tratamientos alternativos existían, ya que había visto diversos reportajes en televisión sobre la Fundación Daya.

Casi por milagro, en plena indagación recibí una invitación para conocer el Programa de Cannabis Medicinal que se estaba implementando en la comuna y no dudé ni un segundo en inscribirme. Si el fumar cannabis me había calmado mucho los dolores, el aceite tenía que funcionar.

Y así fue. Desde la primera semana tomando Cannabiol mi vida mejoró un 100%. El dolor y las molestias disminuyeron notablemente y todo mi organismo se reguló, bajé más de 20 kilos y duermo muy bien.

Que nuestro alcalde se arriesgara con este proyecto es valorable. Muy pocas personas se comprometen con la comunidad como él, sobre todo con un tema que aún genera muchos prejuicios como el cannabis. No todas las comunas tienen el privilegio que tenemos nosotros y por eso le envío mis agradecimientos.

Ahora lo único que espero es que el programa continúe el próximo año, ya que hay muchos vecinos y vecinas que lo necesitan para sobrellevar sus molestias.

Hoy vivo el día a día, no me proyecto en el futuro. Antes me proyectaba, pero ya no. Y es que, cuando uno llega a esta edad y es más madura, quiere vivir lo lindo a concho y disfrutarlo.

Jeannette Valdéz Navarrete



Rosa Huénapii

Sentía una mezcla de frustración y rabia que me llevó a pensar muchas veces en rendirme

Me llamo Rosa Huenapil, tengo 70 años y soy la afortunada madre de cuatro hijos.

A pesar de la partida de mi marido hace 11 años, me consideraba una mujer bastante dichosa. Había vivido una hermosa y profunda historia de amor de la que nacieron cuatro hijos y gozaba de un excelente estado de salud.

Hace aproximadamente cinco años este panorama cambió. Un intenso e invalidante dolor en mis rodillas me llevó directamente a la consulta de un médico particular quien, tras una resonancia magnética y diversos análisis, me diagnosticó artritis, artrosis y los meniscos gastados.

Ya diagnosticada comencé a atenderme en el CESFAM. Pero todo lo que podían hacer por mí era medicarme para paliar las molestias. Por tanto, probé con muchos medicamentos distintos sin que alguno diera resultados positivos y me quitara el dolor.

Los días con dolores agudos fueron incrementando y llegó un punto en el que no podía caminar con normalidad. Tuve que asistirme con bastones y, tiempo después, terminé en silla de ruedas.

El estado en el que estaba me transformó en una persona totalmente dependiente de mis hijos. Fueron días muy difíciles para mí, sentía una mezcla de frustración y rabia que me llevó a pensar muchas veces en rendirme.

Pero, de algún modo, sabía que tirar la toalla no estaba dentro de mis posibilidades. Tenía que encontrar las fuerzas para continuar por mí y mi hermosa familia.

Fue en esos días de desesperación que una antigua amiga me comentó sobre el programa de cannabis que existía en Quilicura y me alentó a inscribirme.

Un poco dubitativa, decidí ir con ella a la casita. Después de que nos explicaron todo el procedimiento, nos inscribimos juntas y terminaron llamándome a mí primero (risas).

Desde el día uno que comencé con Cannabiol me ha hecho súper bien y mi vida ha mejorado enormemente. Ahora puedo caminar sin bastón y ser la misma persona activa que era antes de que me consumiera el dolor.

Agradezco con el alma a nuestro alcalde, ya que, gracias a él, he podido acceder al fitofármaco sin costo alguno.

Hoy no pienso mucho en el futuro, solo espero tener una vejez digna rodeada de mis hijos y nietos.

Rosa Guayaypil

Zulema Rodríguez



Realmente me di cuenta que estaba enferma cuando mi madre murió.

Soy Zulema Rodríguez, tengo dos hijos y soy la abuela chocha de una hermosa niña de tan solo 8 meses.

Si hay una palabra que podía describirme años atrás esa era activa. Siempre andaba buscando algo nuevo que hacer. Sin embargo, poco a poco esta cualidad fue esfumándose.

Las primeras señales de que algo no andaba bien con mi cuerpo aparecieron hace cinco años. De repente me dolían mucho las manos, los tobillos y el cuello. La verdad es que no les di mayor importancia a estos síntomas y se los atribuí a mi agitado estilo de vida.

Dos años después estos primeros síntomas, mi madre falleció. Ese fue el momento en el que me rompí por dentro. Desde ese día hay un antes y un después en mi vida y las débiles molestias que padecía hace algunos años, se transformaron en un dolor insoportable. No podía levantarme ni caminar, era como si pisara clavos cada vez que lo intentaba.

Realmente me di cuenta de que estaba enferma cuando mi madre murió.

Ya no podía seguir en esas condiciones, así que visité a un traumatólogo. Él me explicó que probablemente padecía de tendinitis y me recetó pregabalina y pastillas para dormir.

Pero los dolores no remitieron, sino que cada día eran peores. Eso me llevó a buscar ayuda en el consultorio. Ahí me atendió un muy buen doctor quien, tras realizarme una serie de exámenes, me dijo que había descartado todas las otras enfermedades y que mi diagnóstico era fibromialgia.

Le respondí que no tenía idea de lo que me estaba hablando, pero que por favor me diera algo para dormir, ya que estar semanas sin conciliar el sueño era lo que más me afligía.

El doctor decidió continuar con la pregabalina. Por mi parte comencé a usar unas cremas y gotitas artesanales de cannabis. Hasta que hace aproximadamente un año, una amiga me contó que existía este programa de cannabis medicinal en la comuna. Si ya me había sentido mejor con las gotitas artesanales, debía explorar esta nueva opción.

Hace un año que me encuentro en tratamiento con Cannabiol y ha sido fantástico, pues no solo me ha quitado los dolores, sino que también ha mejorado enormemente mi ánimo. Es más, ahora voy a talleres, salgo con mis amigas, celebramos cumpleaños y puedo bailar.

Antes de que este mal se apoderara de mí, tenía muchos prejuicios con la marihuana. Mi hijo y mi hermano fumaban constantemente, lo que me parecía algo malo. Pero después de probar con el tratamiento me relajé. Al final la misma enfermedad te hace cuestionarte muchas cosas.

Don Juan Carrasco, usted es mi ídolo. Le doy las gracias por este tratamiento y por cuidar a sus vecinos y vecinas. Ojalá que el proyecto continúe y puedan integrarse más comunas. Es hora de que todos se atrevan a intentarlo.

Zulema Rodríguez



Dr. Christian Opazo



Este proyecto comunal ha sido un gran aporte para la salud y bienestar de la comunidad

Personalmente nunca he tenido prejuicios con el uso de cannabis medicinal, es más, esa fue la razón por la cual decidí ofrecerme para participar en este proyecto. Aun así, nunca dimensioné el gran beneficio que traería consigo esta medicina alternativa para la vida de nuestros usuarios y usuarias.

Es más, durante el año que llevo controlando a pacientes que utilizan cannabiol, he observado una gran mejoría en aspectos claves como en la disminución del dolor, especialmente el que aparecía durante la noche y no los dejaba conciliar el sueño. Esto ha transformado la calidad de vida de ellos y de toda su familia.

Estoy convencido de que este proyecto comunal ha sido un gran aporte para la salud y bienestar de la comunidad, dándoles una alternativa terapéutica a las convencionales y abriendo nuevos horizontes en el tratamiento de patologías muy variadas.

Christian Opazo



Enf. M^ª. Paz Corominas

Mientras estudié tuve muchos prejuicios contra la marihuana, pero todos esos prejuicios se fueron directamente a la basura

Mi nombre es María Paz Corominas, soy enfermera del CESFAM Irene Frei de Cid y mi tarea consiste en informar y evaluar a los pacientes que integran el Programa Comunal de Uso Compasivo de Aceite de Cannabis como Terapia Complementaria.

Para ser honesta, al principio no tenía muchos conocimientos sobre lo que era la terapia alternativa con cannabis. Fue un asombro cuando empezó a llegarnos información de la Fundación Daya sobre la evidencia científica y los diferentes estudios que existen al respecto.

Información que confirmamos cuando nos fuimos dando cuenta de todos los beneficios que aporta Cannabiol. Es simplemente maravilloso ver como cada mes, los usuarios llegan a sus controles con menos dolor, la tranquilidad y bienestar que sienten se les nota hasta en el rostro.

Asimismo, este programa me ha brindado la oportunidad de desarrollar una conexión especial con usuarios y usuarias. Y es que ellos llegan felices a informarte los cambios que han experimentado y eso nos alegra a nosotros como equipo, ya que podemos sentirnos parte activa de su recuperación.

Yo estoy tremendamente agradecida con el alcalde, porque abrió las puertas para que conociéramos tratamientos que no son farmacológicos y que por su alto costo no están al alcance de todos.

En mi juventud y mientras estudié tuve muchos prejuicios contra la marihuana, pero ya llevamos un año trabajando con Cannabiol y todos esos prejuicios se fueron directamente a la basura.

María Paz Corominas



VALIENTES

Testimonios de quilicuranas,
renaciendo con la cannabis medicinal

